

ANALES DEL VIRREY DON MARTÍN DE CÓRDOBA

FLORENCIO IDOATE

(Miscelánea Antonio Pérez Goyena,
Estudios eclesiásticos, vol. 35, Madrid, 1960)

Anales del virrey don Martín de Córdoba

En 18 de enero de 1589, era designado para ocupar el virreinato de Navarra el marqués Martín de Córdoba, comendador de Hornachos, que no toma posesión de su cargo hasta marzo. Los comienzos de su mando coinciden con el asesinato del monarca francés Enrique III, episodio sangriento de las guerras de religión, que tan divididos traían a nuestros vecinos de Ultrapuertos. Al monarca asesinado le sucede el hijo de Antonio de Borbón y Juana de Albret, Enrique IV de Francia y III de Navarra, casado con Margarita de Valois.

NAVARRA Y LA FUGA DE ANTONIO PÉREZ

Dos acontecimientos de importancia ocupan una buena parte del virreinato de don Martín, que fina en 1595: la fuga del famoso secretario de Felipe II, Antonio Pérez, y el viaje de Felipe II, a finales de 1592. No pasó de mero proyecto el ataque contra Bayona que maduró don Martín a partir de 1593.

La fuga de Pérez tuvo alguna repercusión en Navarra y de ello nos vamos a ocupar en primer lugar. Damos noticias de poca importancia, desde luego, que podrían completar algo la exhaustiva obra de Marañón sobre este personaje tan traído y llevado. A don Martín le toca actuar personalmente en el negocio, tanto en los momentos de la huida, como durante su estancia en la corte de Pau, moviendo en todo momento los hilos de un activo espionaje.

La liberación de Pérez por los zaragozanos (24 septiembre 1591) produjo gran emoción en la Corte, e inmeditamente se tomaron las medidas para sofocar la rebelión que siguió a este hecho. Don Martín recibió la orden de guardar la frontera navarra lindante con Aragón, especialmente la correspondiente al valle de Roncal, y el 29 del mismo mes, el capitán Campuzano llegaba a la Venta Arraco, pegada al Pirineo y próxima a Isaba, con objeto de guardar con sus soldados los puestos de posible fuga. En esta tarea, el valle puso también sus hombres a disposición del capitán que, al día siguiente de su llegada, recorrió los pasos comprendidos entre Lapatía, límite con Aragón, y el valle de Salazar¹.

¹ Las noticias referentes a estas precauciones las hemos tomado de la documentación del Archivo del marquesado de Góngora, que se guarda en el Archivo General de Navarra, Eraso, f. 6, núm. 19.

Pronto empezó a recibir Campuzano confidencias de Ultrapuertos, en el sentido de que las autoridades habían tomado también sus precauciones. Según los informes, el capitán Bonasa andaba por la raya fronteriza con un millar de hombres, mientras que por la parte de Santa Engracia y Larrau se movían Mos. de Sauguis y el capitán Echavarren con unos 700 hombres. La gente de la tierra retiró rápidamente sus rebaños, como era normal en casos de emergencia.

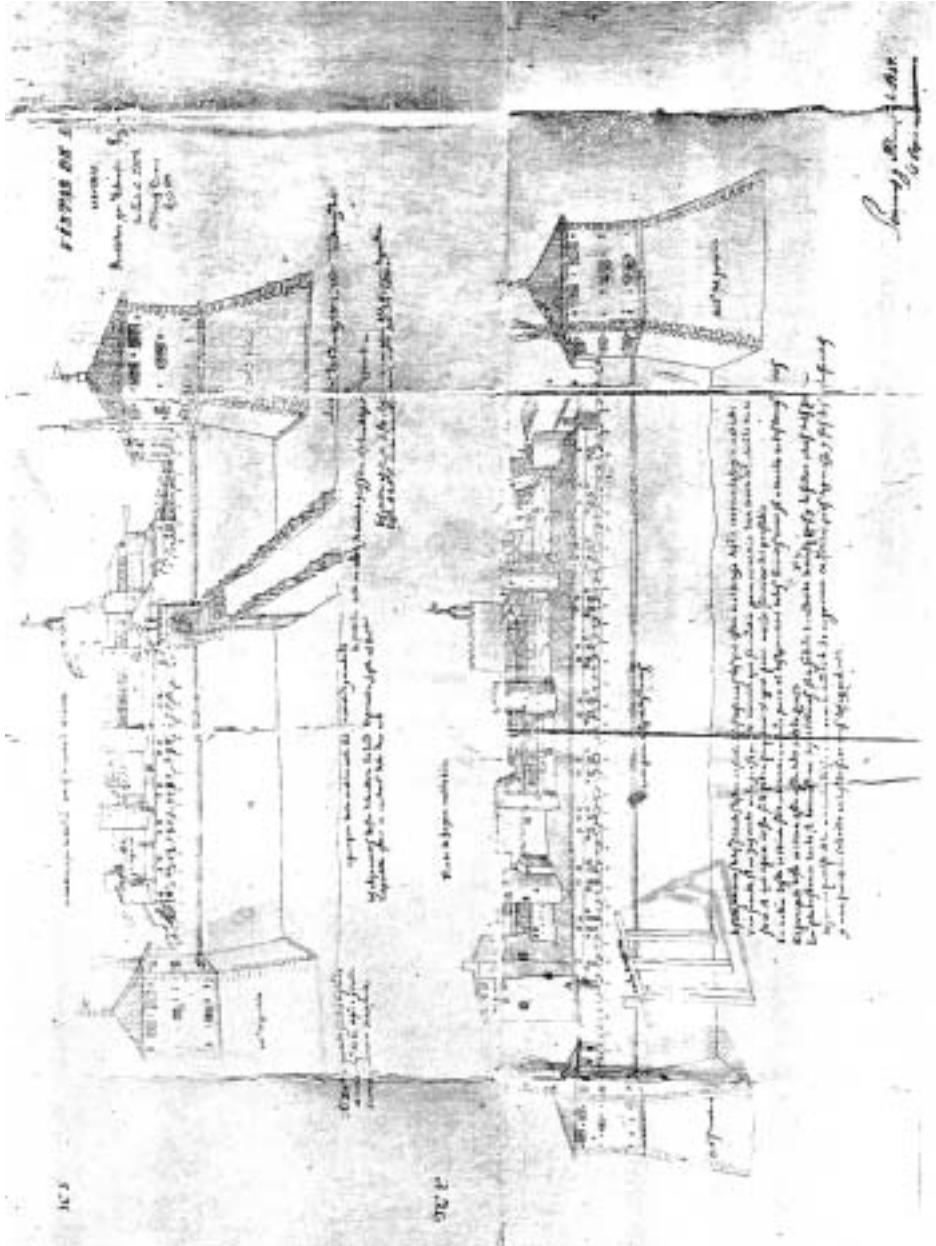
El mismo día 30, avanzó sobre Arraco una partida de 20 o 40 hombres del citado Sauguís, que se limitaron a hacer unas descargas de arcabucería y se retiraron en seguida, sin que pudiera darles alcance el alcalde del valle, Pedro Marco, que salió con una porción de roncaleses en su seguimiento. Hemos de aclarar aquí que los valles fronterizos tenían la obligación de formar sus propias compañías y salir con sus alcaldes al frente (en tal caso se llamaban “capitanes a guerra”), para repeler al enemigo.

El 3 de octubre se presentó en dicha venta un emisario del valle de Bare tous, que tradicionalmente venía pagando a los roncaleses, sus vecinos, el famoso *Tributo de las tres vacas*, para informarse directamente de las intenciones que pudieran abrigarse a este lado de la frontera. No encontró más que palabras de apaciguamiento, y buena prueba es que, tanto el Valle como Campuzano, decidieron enviar a su vez emisarios a Ultrapuertos para explicar a sus autoridades el motivo de las medidas de orden militar tomadas.

El escribano Ros, como persona preparada, se trasladó el mismo día a Harette para entrevistarse con el gobernador de la tierra en el palacio de Mos. de Bonosa, hereje el uno y católico el otro. Es curiosa la conversación sostenida entre Ros y dicho gobernador, residente normalmente en Olorón. Las primeras palabras de aquél fueron para hacerle presente su protesta, de parte de Campuzano, por haberse atrevido los de Bearne a llegarse hasta los puertos de Val de Roncal e intentado entrar en el mismo, sin motivo alguno. Si el capitán se encontraba allí con algunos soldados, “era por razón de querer prender un criado del Rey nuestro señor, llamado Antonio Pérez, que se había escapado de la cárcel de Zaragoza y no por otro respeto alguno. Por tanto, le suplicaba mandase retirar su gente, de manera que no se diesen ocasión a rompimiento de guerra ni otro escándalo alguno, pues de nuestra parte no se hacía novedad”.

El gobernador (Mos. de Aleta, se le llama) manifestó idéntica extrañeza por los movimientos de nuestra parte, de que estaba muy al tanto. En vista de ello, había juntado a su gente en Olorón por orden de la princesa de Bearne. Copiamos lo que sigue, por parecernos muy sabroso: “...Y decir que por lo de Antonio Pérez no traía camino de verdad, porque los de Aragón no hacían guarda en sus puertos y pasos, quanto más, teniendo el Rey de España un exercito muy grande en la Ribera de Castilla y Nabarra, y que ya habían llegado a Sanguesa y que él lo sabía muy bien, y que assi no entendía retirar, mientras el dicho Campuzano estubiese en los puertos de Bal de Roncal”. A esto replicó el escribano –nos lo cuenta él mismo– con estas palabras:

Parte de las mismas las aprovechamos en nuestro libro *Rincones de la historia de Navarra*, t. 1, pp. 411-414, “La fuga de Antonio Pérez y Navarra”. Además de una relación de las actividades de Campuzano, se incluyen en la expresada carpeta de Góngora varias cartas del virrey Martín de Córdoba, de su familiar Diego de Córdoba, del general Villalba, etc., que utilizamos en este trabajo.



La Aljafería de Zaragoza en 1593, según plano del ingeniero Spanochi (Servicio Histórico Militar de Madrid)

...Que no tenía que espantar que los aragoneses no hiciesen la dicha guarda como los nabarros, pues los aragoneses le son contrarios a su rey, y sacan de la cárcel y dan escape al dicho Antonio Pérez, y que los navarros nos preciamos de más fieles a nuestro rey que ellos, y en especial, quando somos mandados por su visorrey en su nombre. Y que era verdad que teníamos entendido de la gente que tenía en la frontera de Castilla, y lo teníamos en Nabarra por cosa muy cierta; era contra Aragón para castigar a los rebeldes del y no contra Bearne.

El escribano puntualizaba con bastante claridad la situación, pero su interlocutor no se convencía tan fácilmente de las pacíficas intenciones de los españoles, en tanto no se retirasen las fuerzas de la frontera navarra. Mos. de Bonosa, que se entendía en vascongado con Ros, le manifestó que la princesa le había notificado erróneamente la entrada de Pérez en Francia por el puerto de Benasque. El escribano no pudo esperar a la respuesta de la misma y el 5 se presentaba en Isaba, cumplida su misión. Al despedirse, Mos. de Bonosa le hizo muchos cumplimientos, pero le dio a entender a la vez que no retiraría su fuerza hasta que hiciese lo propio Campuzano.

La verdad es que Pérez había salido de Zaragoza camino de Tauste, donde fue asistido por su amigo Frontín, según nos cuenta Marañón. Parece claro que trataba de ganar Navarra, quizá con ánimo de pasar por Roncesvalles, según dicho autor. Pero lo cierto es que el virrey concentró su atención principal sobre Roncal, como estamos viendo, sospechando que tomaría esta ruta después de cruzar Uncastillo y Sos. Mas, perseguido de cerca y cortadas estas salidas, Pérez hubo de regresar a Zaragoza, refugiándose en la casa de Martín de Lanuza².

Aquí permaneció hasta el 16 de noviembre, fecha de su salida para Francia por Sallent. Mientras tanto, Campuzano seguía guardando los pasos encomendados; el 11 de octubre concentraba su fuerza en Isaba para retirarse a Pamplona, pero una contraorden le obligó a seguir su vigilancia. El alcalde de Uztárroz, Sancho Blázquez, es enviado por el capitán a Pau y Olorón con cartas para la princesa y el gobernador. El 15 partía Campuzano definitivamente para Pamplona. Marañón nos da cuenta de la prisión en Erro, por los corchetes del virrey, de Juan de Luna, en febrero de 1592. El efecto que le produjo la fuga a Francia de Pérez se refleja en estas palabras, que copiamos de Marañón: "He sentido en el alma este suceso por muchas razones que desde luego se ven y por otras que prometen para adelante". No le faltaba razón, desde luego.

Con motivo de la intentona de invasión por Aragón en febrero de 1592, los pasos de la frontera hubieron de ser reforzados nuevamente por Campuzano, quien desde Sangüesa mantenía contacto con el virrey, el general Vargas y los lugares de Sos y próximos. Entre los papeles que nos facilitan todos estos datos hay varias cartas, una de ellas dirigida por el citado Vargas a Campuzano al día siguiente de la victoria obtenida sobre los invasores. Dice así:

² Aprovechamos los datos que nos facilita la excelente obra de G. MARAÑÓN, *Antonio Pérez*, quien utiliza para la parte que estudiamos, entre otra documentación, los legs. 363 y siguientes del Archivo General de Simancas, Secc. Estado, aunque no toda ella.

Ya en 7 de octubre, el virrey se hacía eco, en carta a Campuzano, del rumor de la fuga de Pérez a Francia, con estas palabras: "...y el no a pasado a Francia, que es burla la tal nueva ay, y ya no tiene sino dos o tres consigo, y anda fatigado...".

Las diligencias y el trabajo que a fund pro
 sede es muy contenta me a la confirmacion
 que yo fice de fund negocio tan util para
 lo y tan del servicio de su m. y así le en
 cargo no falte de un tanto y es que
 en el mes de las mudas crecidas de yes
 formando un pedimento de la que la
 guarda con su m. en el dicho que de
 dia no entienda que yo fize y el no
 apasado a Francia que es de la m.
 tal manera y yo me he con el dicho
 otros con fize y con el fize y con el
 ayllera el dicho que yo me para
 el dicho con el dicho de la parte y fize
 fize mas a la parte el dicho que yo me
 done yo me con y fize la guarda de los
 y los y de otros y de otros
 a fize me con y fize con el dicho y
 las con el dicho y fize los dichos
 al que es a la parte el dicho que yo me
 de los y de los y de los y de los
 digo que digo y digo y digo

Carta del virrey Córdoba al capitán Campuzano, de 7 de octubre de 1591, encareciéndole la guardia de los pasos del Roncal (Arch. del marquesado de Góngora, existente en el General de Navarra)

Ya recibí las cartas de v. m. y no he podido responder a ellas por lo mucho que ha abido que hacer. Ayer fue Dios servido que ganásemos a Viescas y el paso de Santa Elena y el Valle de Tena y Sallen, y casi murieron todos los enemigos y se prendió a don Diego de Heredia. V. m. de aviso dello al Señor Virrey, mientras yo le despacho correo. Todavía se sigue el alcance y se anda en busca de los demás. Y guarde Nuestro Señor a v. m. De Biescas 20 de febrero 1592. Al Señor Alcalde Ozcariz de también v. m. abiso desto, que le devo mucho. Don Alonso de Vargas³.

Todavía se mantienen, sin embargo, las precauciones en Navarra. En carta del 22, el virrey escribía a Campuzano acusando recibo de la suya y enviándole cuatro barriles de pólvora, cuerda y plomo, “para que v. m. tenga su gente prevenida para lo que se ofreciere”. En 2 de marzo, volvía a escribir, indicando que “don Alonso de Vargas verna dentro de tres o quatro días”. El 4 ordenaba a Campuzano regresar a Pamplona, “pues se a ya sosegado el movimiento de los biarneses”.

Aparte de las medidas de orden estrictamente militar, el espionaje se mueve entre Pau y Pamplona, figurando algunos navarros entre los que pasaban recados a don Martín. Nos habla Marañón de un tal Sebastián de Arbizu, el doctor Arbizu más comúnmente, quien, junto con su hija Águeda, hizo un buen papel transmitiendo noticias sobre los movimientos de Pérez y sus secuaces. Tenemos que rectificar aquí el pequeño error que padece Marañón, al adjudicar a Arbizu el título de médico. En la documentación que hemos hallado en el Archivo General de Navarra relativa a su persona se llama unas veces abogado de las Audiencias Reales, y otras licenciado y doctor. Este apellido figuraba entre los distinguidos de la nobleza navarra medieval, y en 1593 se decía Sebastián, señor de Lizarraga y de la torre de Echarri. Residía habitualmente en Pamplona, donde llegó a ocupar el cargo de regidor, y tenía ya alguna edad en la época de los acontecimientos que narramos⁴.

De los procesos en que se ve envuelto, se deduce que su vida no era muy regular y que había tenido que huir a Ultrapuertos, según él, escapando de sus enemigos. Se habla en ellos de adulterio, llegando a separarse de su esposa Catalina de Elduayen. Tenía por lo menos una hija natural, fruto de sus relaciones con una tal Catalina de Iurre. Esta fue la que se llevó a Francia consigo, logrando colocarla entre la servidumbre de la princesa en el palacio de Pau. Esto ocurría en 1591, y al ofrecerse una ocasión de hacer méritos ante el virrey para tratar de regresar a Pamplona, cae Arbizu en la tentación y ofrece al mismo sus servicios, que son aceptados.

Hombre de ingenio agudo, aprovecha la situación de su hija Águeda, que por lo visto le cayó en gracia a la princesa, para obtener valiosas informaciones. Incluso se le consulta para buscar el medio más adecuado de eliminar a Pérez. Llega a tener relaciones con el secretario Idiáquez y otros personajes, como el abad del monasterio de premostratenses de Urdax, sito en la misma raya fronteriza y punto el más a propósito, por tanto, para el espionaje. Pare-

³ Carp. cit. de Góngora.

⁴ Su calidad de regidor de Pamplona se hace constar en el proceso de la Serie 2ª del Archivo General de Navarra, núm. 10.813.

Ya recibí las dos cartas de V. m., y no he
 podido responder a ellas por lo mucho que
 me ha que hacer, Hoy fue Dios servido
 de ganarnos a Viejas y el castro de Santa
 Elena, ^{del valle de Campuzano} y casi murieron todos los enemigos
 y se prendió a don Diego de Heredia, V. m.
 se me ha de ir al Virrey mientras yo le
 despacho porres, Todavía se sigue el
 alcance, y se anda en busca de los demás,
 Y habiéndose V. m. de Viejas, 20 de
 Febrero. 1592.
 Al S. Alcaide Obispo de también V. m. amigo
 de los, que le va mucho,
 Yo soy de
 Campuzano

Carta del general Alonso de Vargas al capitán Campuzano, de 20 de febrero de 1592, anunciándole la victoria de Sallent (Arch. del marquesado de Góngora, existente en el General de Navarra)

ce que no ignoraban en Pau sus andanzas, pues en carta de diciembre de 1592 no disimula sus temores de ser arcabuceado cualquier día⁵.

Mientras tanto, su situación jurídica no se aclaraba y en los tribunales se obraba con lentitud en la causa pendiente contra él; se le llega a acusar hasta de monedero falso. Obligado a entrar en Navarra, a pesar del destierro que pesaba sobre su persona, se le impone como residencia accidental Elizondo, junto a la frontera. No se le prendió, como hubiese querido el tribunal, por andar metido en estos negocios de espía⁶.

UN PROYECTO DE ATAQUE A BAYONA

Liquidado el asunto de Pérez con su salida de Pau, vemos a Arbizu metido en el proyecto de ataque a Bayona, que entonces planeaba el virrey, junto con el citado abad de Urdax, fray León de Aranibar, y el rector de Elvetea, Martín de Oroz. Estos se entendían con el capitán San Martín a través del puerto de Izpegui y el lugar de Echaz. Ellos recogieron el rumor de que los franceses proyectaban atacar Fuenterrabía y Roncesvalles a principios de 1593. Junto a las informaciones de alguna valía, los espías recogían muchas noticias sin ninguno o con escaso fundamento.

Otro personaje con el que contactaba el abad era el rector de Ezpeleta en Francia, que a su vez se entendía con algunos elementos responsables de Bayona.

Se barajaron las posibilidades de ataque por tierra y por mar. La guarnición de la plaza era escasa y el castillo nuevo carecía de puente levadizo. El abad, que hacía sus viajes por aquella tierra, informaba al virrey de todo y en una de sus cartas pide alguna remuneración –300 ducados– para los que podrían facilitar la entrada; además, alguna merced especial para el rector de Ezpeleta, “de manera que él tenga alguna gratificación de su servicio”. Para alguno más calificado, pretendía “ocho o diez varas de raso negro, a la cual no se le puede dar dinero por ser de más cualidad que ellos”. La intervención de varios clérigos en estos manejos se explica mejor a la vista de la revuelta situación de Francia por las guerras de religión.

En enero de 1594 Aranibar daba cuenta de su entrevista con el gobernador de Bayona (conde de Hilliers), al que intentó ganar para su causa, aunque sin resultado. Nos maravilla la paciencia con que escuchó el interpelado tan fuerte proposición y el atrevimiento del abad, comprensible en cierto modo si se piensa en las hondas divisiones entre herejes y católicos, entre los que se encontraba Hilliers. Además, Enrique IV acababa de convertirse al Catolicismo, según aseguraba éste, y no había caso.

No vamos a repetir aquí lo que nos dicen los historiadores Laborde⁷ y Marañón sobre dos aventureros y conspiradores: Ronnius, médico de Amberes, y Chateau-Martín, que a principios de 1594 entran en inteligencia con el gobernador de Fuenterrabía. Todos estos personajes, más el doctor Arbizu, cu-

⁵ Archivo General de Simancas, Estado (Navarra), leg. 363, núm. 291. Las noticias que facilitamos proceden de este legajo y del anterior.

⁶ Los procesos relativos al doctor Arbizu y que utilizamos aquí son los que siguen, de la Serie 2ª todos ellos: núms. 965, 1896, 5069, 6949, 7274, 4117, 4008 y 10.813.

⁷ LABORDE, *Histoire de Bayonne et du Pays Basque*, Bayonne.

ya actuación en este asunto no hemos podido seguir apenas, mantuvieron contacto con el virrey navarro hasta avanzado el año 94. Parece que la fecha para el ataque a Bayona se había fijado para la fiesta de San Juan, contando quizás con la complicidad del vizconde de Echauz y del capitán Sault. El plan era pegar fuego a la ciudad por varios sitios, mientras los españoles ocultos en los alrededores atacaban por sorpresa y una flota procedente de San Sebastián y Pasajes embocaba la ría y trataba de forzar las cadenas. Pero Hilliers descubrió la trama y detuvo a Chateau y dos cómplices, que fueron condenados a muerte por el Parlamento de Burdeos, siendo colocadas sus cabezas en sendos postes cara a España. Chateau declaró, según parece, que el alma de la conspiración en Navarra era el abad de Urdax.

Arbizu, que por estas fechas debía de residir en Elizondo y mantenía estrechas relaciones con éste, no veía nunca resueltos sus pleitos ni salía de sus constantes apuros. Copiamos lo que, referente a su persona, se dice en una carta de 7 de enero de 1594, cuando se estaba madurando lo de la empresa de Bayona:

Que ya dio aviso de que el Doctor Arbizu trataba de lo de Bayona, y aguardando lo que se le mandaría de aca en aquel particular, le hizo detener allí, ordenando le estuviere secreto. Y pareciendole que debía poner a su muger acusación de adultera, se descubrió y puso la demanda, sin embargo de estar desterrado. Y aunque el Consejo quiso prenderle, no lo consintió el Virrey, porque no se disculpase con decir que estaba en negocios de S. Mag.; pero dio un mandamiento para que saliese de allí y se fuese a Elizondo, que es el lugar donde S. Mag. le a mandado este. Y para en conservacion de su justicia, dixo a los alcaldes continuase el negocio. Y así lo hicieron, prendiendo a su muger y a Undiano, a quien acusa en el caso, y a otros⁸.

El virrey obraba con mucha prudencia en el caso de este hombre, y no quería entorpecer la acción de la justicia, pese a los servicios que pudiese prestarle. Dentro de este mismo año logra Arbizu un préstamo de 2.000 ducados para dotar a su hija Teresa, y luego le vemos en Madrid, “buscando comodidad de vida”, según dice su procurador en el pleito pendiente. Y más adelante: “No tiene con qué entretenerse ni con qué entretener a sus hijos”⁹. Además, tenía que pasar 20 ducados a su mujer, de la que andaba separado. Una cosa vemos clara: que el espionaje no estaba muy bien pagado en aquella época. Los fondos dedicados a este capítulo en los gastos militares se medían casi con cuentagotas, al menos para los espías corrientes.

Tras el fracaso de los planes contra Bayona, ya a finales de 1594, empezó a hablarse de una posible invasión de Navarra por “Bandoma” contando con la complicidad de elementos de la tierra. No hay que olvidar que todavía perduraban, más o menos debilitadas, las antiguas facciones de agramonteses y beaumonteses. Quizás soñaban algunos con la restauración de los herederos de los Albret y bien sabido es que la cuestión de la legitimidad de la conquista de Navarra se discutió en la cámara real dentro del XVII, hasta que se le da el carpetazo definitivo.

Que no todo era imaginación lo demuestra una carta del virrey informando a S. M. de las posibilidades de un ataque a Pamplona por “Bandoma”.

⁸ Archivo General de Simancas, Estado (Navarra), leg. 365, núm. 44.

⁹ Procesos Serie 2ª, núms. 1896, 4008 y 5069.

Está fechada en 20 de noviembre de 1594 y en ella se habla de confidencias de un francés en relación con las personas que en Navarra tenían que ver con este negocio de la invasión. Considera el virrey que las grandes dificultades de la empresa hacían casi imposible todo movimiento de los franceses. Por otra parte, había tomado providencias contra los extranjeros, ordenando, entre otras cosas, prender a los que portasen armas y llevarlos a su presencia. Comentando esta medida, dice a renglón seguido: "...que a sido muy sentida ordenanza; estoy espantado como no an acudido algunos reiniculos, entre los que lo an exagerado mucho y lo proponen por desconfianza". Dada la estrecha vigilancia que se ejercía, el virrey daba seguridades de la imposibilidad de cualquier ataque por sorpresa. El mayor peligro podría venir quizás de la "estrema necesidad de la infanteria y gente que asiste a su guarda, que es tan grande –comenta– que no ay en ella veinte hombres que no anden por las puertas pidiendo limosna"¹⁰. Esto sí que era un mal endémico y de difícil arreglo.

El abad de Urdax, tantas veces citado, daba cuenta en 17 de febrero de 1595, de su conversación con un comerciante bayonés, una muestra del chismorreo de la gente de Ultrapuertos. Bandoma tenía puesta su atención en Navarra, según éste "porque quiere mucho a los navarros", y estaba convencido de ser bien recibido por ellos, más si, como se decía, iba a repartir 30.000 ducados entre los caballeros de la Montaña. El abad, hombre de probada lealtad a la monarquía castellana, le contestó que "los navarros odian al dicho Bandoma y se escandalizan cuando oyen su nombre, y desean ofenderle en qualquier ocasión, hallándose muy armados para ello". He aquí los términos de tan curioso diálogo en boca de dos personas de cierta cultura, expresión de lo que se hablaba en la calle¹¹.

Parece sensato pensar que la política de los Austrias de respeto a las libertades navarras en general, su prestigio universal y una centuria casi de posesión continua hacían bastante improbable cualquier rebeldía del tipo de Aragón, por ejemplo, cuyo fracaso total no pudo menos de impresionar a los que todavía pensaban en Navarra en una restauración. Por otra parte, la presencia de los hugonotes en la corte de Pau restó simpatías indudablemente a los que seguían llamándose reyes de Navarra. Después del último esfuerzo de los partidarios de los Albret en 1521, en Maya y Fuenterrabía, fue desvaneciéndose cualquier posibilidad de resistencia y el tiempo fue haciendo lo demás. Las campañas de corto alcance, llevadas a cabo por los navarros contra territorio francés en 1542 y 1558, demostraron que la solidez del poder austriaco era un hecho bastante claro.

VISITA DE FELIPE II A NAVARRA

Pocos meses median entre la liquidación de los movimientos de Aragón y el viaje de Felipe II, ya anciano y caduco. El monarca visita a Pamplona en noviembre de 1592, haciéndosele un recibimiento francamente bueno. La Ciudad presupuestó 10.000 ducados para los gastos, se repararon caminos y ca-

¹⁰ Archivo General Simancas, Estado (Navarra), leg. 365, núm. 20.

¹¹ *Ibidem*, leg. 366, núm. 41.

lles, se levantaron arcos triunfales, se proveyó el mercado ampliamente de víveres y los regidores renovaron su indumentaria de etiqueta.

S. M. entró por Viana y, cruzando Estella y Puente la Reina, se presentó con su comitiva en Pamplona el 20 de noviembre, siendo recibido con los 60 cañonazos de ordenanza disparados desde el nuevo castillo o ciudadela, hermosa obra proyectada e iniciada por el ingeniero Fratrín. El cronista del viaje, Cock, nos hace un breve relato de la estancia del monarca en la capital, de que ya nos hemos ocupado en otro trabajo sobre las fortificaciones de la misma¹².

A través de los papeles del Archivo Municipal, podemos seguir el curso de los preparativos y las preocupaciones del regimiento pamplonés a partir de octubre. El virrey, por su parte, envía comisionados a todas partes para tomar nota de las existencias de víveres y piensos, concretamente vino, miel, melones, calabazas, granadas, camuesas, moscateles, terneros, sebo, paja y cebada.

Comiéndanse las obras por la reparación del camino real desde Noáin e inmediaciones del Portal de San Llorente. Se derriba el Portal Viejo, cegándose a la vez su foso o cava, y se erigen unos cuantos arcos triunfales, bajo la dirección del ingeniero Francisco Fratrín todo ello. Hallamos en las cuentas varios pintores y escultores, como Diego de San Pedro, Antonio Aldaz, Felipe de Roca, Juan de Landa y Pedro de Mutiloa. Landa se encargó de “pintar la Ciudad con la Ciudadela, de manera como al presente está, con una tarjeta para poner en medio un letrero en que diga de la venida de S. M. y Altezas, y en qué día entraron y qué regidores fueron. Y porque la pintura ha de ser sobre olio y a de llevar mucho campo, se le han de dar treinta ducados. Y también a de pintar los tres arcos triunfales en papel con sus letreros, para que estén en el archivo de la Ciudad”. Muy lamentable es que no hayan llegado hasta nosotros estas pinturas destinadas a perpetuar el recuerdo de tan memorable jornada.

Los regidores y nuncios renovaron sus ropones, sayos, mangas y gorras de terciopelo. Una buena partida de reales se lleva la organización de un torneo, para el que compran 48 pares de calzas, toneletes y medias carmesí “para los torneadores”; se incluyen las bandas de los padrinos. Sólo el tafetán comprado para la bandera (40 varas) costó 600 reales; se renovó asimismo el palio. De San Sebastián vino un tal “Evangelista”, contratado para hacer “unos ingenios de fuego”. Desgraciadamente, el viejo y cansado monarca no gustaba de este ruidoso espectáculo, defraudando a los organizadores, que hubieron de entregar 200 reales al pirotécnico, que diríamos hoy, por los gastos hechos sin lucimiento alguno.

Muchos “recatones” recorrieron la Cuenca y proximidades, comprando aves y otros víveres. Varios fueron enviados a Aézcoa, Basaburúa y Araquil, para hacer acopio de truchas. No es cosa de detenerse en los detalles de platos delicados que hubo que preparar para el importante momento: mermeladas, almendrones, peladillas, peras cubiertas, “espóngeas”, alcorzas de corazones, grageas, conservas, mazapanes, granadas de Roda, etc. Y, por supuesto, unos cientos de cántaros de vino blanco y clarete.

¹² F. IDOATE, “Las fortificaciones de Pamplona a partir de la conquista de Navarra”, *Príncipe de Viana*, año 1954.

El virrey mandó traer de Jaca varios atabales, pífanos y atambores para amenizar el recibimiento y tomar parte en las lucidas “reseñas” o revistas que iba a presenciar el monarca. Para armar a los vecinos, se sacaron de la ciudadela 500 arcabuces; hasta 3.000 hombres de armas desfilaron ante S. M., según el cronista Cock. Durante las tres noches que se detuvo el monarca, hubo luminarias, según costumbre en estos casos; la parroquia de San Cernin repartió muchas hachas para colocarlas en las ventanas. Se trajeron 20 toros para celebrar una gran corrida en la plaza pública, pero “no se corrieron –leemos– por no haber dado lugar SS. MM. con su breve partida”¹³. Otro número fuerte frustrado. Desde luego, no era poca valentía organizar semejante festejo en una época de por sí inclemente. Entre esto y la pertinaz gota de Felipe II quedó un poco menguado el brillo de los festejos.

¹³ Archivo Municipal de Pamplona, Asuntos Regios, Festejos reales.